

Aguilar y Córdoba, D. *El Marañón*. Madrid: Editorial Iberoamericana, 2010. 421 pp.

La Fundación Universitaria de Navarra está realizando una excepcional labor ayudando a proyectos de investigación como el presente. Julián Díez Torres ha llevado a cabo un magnífico e importante estudio editando *El Marañón* de Diego de Aguilar y Córdoba, que trata de las hazañas y tropelías que el conquistador rebelde Lope de Aguirre realizó en el sur del continente americano. Magnífico, porque nunca ha llegado a nuestras manos una edición tan bien escrita y documentada sobre esta obra como la que nos ocupa. Desde los manuscritos de Vázquez, del Archivo de Indias y de la Biblioteca Nacional (Madrid), hasta los manuscritos de *El Marañón* conservados en la British Library y la Biblioteca de Oviedo, así como las últimas ediciones y películas que se han realizado sobre este tema, Díez Torres no deja sin mencionar los trabajos más importantes sobre el personaje de Lope de Aguirre. En primer lugar los de Ingrid Galster, con su perspectiva de la teoría de la recepción, así como los de Caro Baroja y Beatriz Pastor. Importante, porque es la edición más completa hasta la fecha de la obra de Diego de Aguilar y Córdoba, *El Marañón*. Julián Díez Torres nos presenta en detalle y en orden cronológico, primero en su introducción de 147 páginas y seguidamente en un libro de 421 páginas todas ellas generosamente anotadas a pie de página, todos los avatares y singularidades vividos por tan enigmático y mediático personaje como fue Lope de Aguirre. Díez Torres, igualmente, nos advierte que calificar de “plagio” la obra de Aguilar y Córdoba, sería “anacrónico”, pese a que en ella se incluyan muchos pasajes de la relación de Vázquez (82), dado que en esa época no existía dicha noción. Sea como fuere, creo que se debería profundizar un poco más en este asunto dada la manipulación que Aguilar y Córdoba hace de la *Relación* de Vázquez.

Si bien es cierto que Díez Torres se apoya frecuentemente en Lohman (lógico por ser el autor de la primera edición), también lo es que tiene voz propia e incluso que se permite salir de la convencional imagen que se ha ofrecido de un personaje que, sin tener la inteligencia, carisma y retórica del extremeño Cortés, supo sacar partido de su feroz individualismo y rechazo a todo orden establecido. Este desafío a todo tipo de autoridad que nos recuerda al “tan largo me lo fiáis” del “Don Juan” de Tirso de Molina, que igualmente acabará mediante un desenlace trágico, adquirirá por contrapartida toda la atracción y seducción de un hidalgo de a pie que es capaz de llamar de tú al monarca más poderoso de su tiempo. Por esta razón, el personaje del “loco Aguirre” y las obras basadas en él, han inspirado todo tipo de movimientos e ideologías. Desde identificaciones con tempranos movimientos de independencia americana, pasando por personajes románticos y terminando por actuales movimientos independentistas, “el tirano” Aguirre, será una presencia viva en la psique de todo buen “antisistema” de ayer, de hoy y de siempre.

Díez Torres no tiene miedo de dar su opinión; al contrario, aporta su visión sobre un personaje al que parece en algún momento defender: “En su carta, Aguirre mezcla quejas y experiencias personales, cambia constantemente de tema, da muestras de crueldad e incluso presenta atisbos de megalomanía. Sin embargo, todos estos rasgos no lo convierten en un personaje demoníaco, esquizofrénico o anacrónico, como algunos han querido calificarlo...” (p. 40). Sin duda, las acciones de los “marañones” narradas en la obra de Aguilar y Córdoba, no dejan indiferente a nadie y cada uno de nosotros tendrá que tomar partido por alguna de las posturas, al igual que en su día ellos tuvieron que hacer con la Corona. Ciertamente, el personaje no resulta anacrónico; por el contrario es de una rabiosa actualidad, más que por el personaje en sí, por el arquetipo que representa. En cuanto a su esquizofrenia y megalomanía, habría que ver el porcentaje que de esta cualidad tenían muchos de estos conquistadores que, sabedores de su poder y a miles de kilómetros de la Corte, no estaban faltos de la tentación de reclamar para sí mismos las enormes extensiones de tierras conquistadas. Recuérdese a un Cabeza de Vaca en el Río de la Plata poniendo sus escudos de armas por delante de los del rey y nombrando con su apellido paterno a provincias enteras.

Con mucha perspicacia, Díez Torres nos previene de las intenciones de estas crónicas, muchas veces autobiográficas: “a veces nos deja entrever una disfunción entre lo que los autores decían como narradores y lo que hacían como autores de sus relatos” (85). Si el último fin de estos conquistadores era recibir mercedes de la Corona, se entiende que exagerasen sus hazañas en sus crónicas, al igual que lo hacen hoy los profesores antes de pedir una beca para un proyecto de investigación. No obstante, Díez Torres nos advierte que Aguilar no escribía para las autoridades, sino para “un público en general” (90). Es igualmente consciente, y esto es importante, de la importancia que la “fama póstuma” tenía para Aguirre y de cómo esta preocupación es recogida por Aguilar y Córdoba. Dentro de la técnica narrativa utilizada por Aguilar en su historia, Díez menciona “la necesidad de ser breve para llegar rápidamente a su tema principal” (100). Así es, el ideal retórico de la “brevitas”, que desde Tácito pasando por cronistas como Cabeza de Vaca tuvo tanta fuerza para reforzar el interés del lector a medida que va leyendo la obra (dejo de contar...), tampoco escapará a la observación de Díez. No necesariamente con el objetivo de ser conciso y breve, sino con el fin de disparar la imaginación del lector por lo que se suprime del discurso. Díez también resalta la importancia que tiene la inclusión del nombre de Potosí como “tercera ciudad del imperio hispánico”, sin duda es una mención relevante en el *Marañón*, aunque debemos recordar que otros cronistas importantes ya lo habían hecho antes, incluso con más detenimiento (José de Acosta, etc.). Como muy bien menciona Díez, no estamos ante una obra trágica (con cambios de fortuna dentro de un plan providencial destinado a producir compasión o espanto en el lector), sino ante una obra con “elementos trágicos” (106). Aguilar, escribe Díez, no ve a los

marañones como a vulgares asesinos sino como a “rebeldes peruanos”. Al igual que en su día hiciera el Arcipreste de Hita en su *Libro de Buen Amor*, Aguilar avisa de que la información que se nos da, no está hecha para ser imitada, sino para aprender con los horrorosos ejemplos presentados (160) durante en el “más infausto viaje que en muchos siglos se han visto” (244). Vale la pena recordar al lector que todo este viaje a lo largo del río Amazonas, fue además de por la sed de historias maravillosas que tenían los españoles, el fruto de una invención de los indios brasiles que, después de un recorrido de casi diez años, aportaron al Perú contando historias fabulosas como las de Omagua: “los indios brasiles que habían descubierto este río y traíalos por guías y principal luz de su propia noticia, como aquellos que le habían dado con tanto encarecimiento de las grandezas de Omagua” (253). Díez Torres, a través de sus notas y su magnífica introducción, ha sabido captar el auténtico perfil del tirano Aguirre y sus marañones. De su mano, a partir de ahora contamos con una nueva edición crítica, fiable y rigurosa de la obra de *El Marañón* de Diego de Aguilar y Córdoba.

JUAN FRANCISCO MAURA

The University of Vermont

Hind, Emily. *Femmenism and the Mexican Woman Intellectual from Sor Juana to Poniatowska*. *Boob Lit*. New York: Palgrave Macmillan, 2010. 268 pp.

Emily Hind’s highly original study of Mexican women intellectuals from the colonial period to the present and their struggles to create a place for themselves as intellectuals in a society hostile to that notion, makes a valuable and unique contribution to literary studies and to feminist criticism in Latin America and beyond. In her “Introduction” she states several goals that inform the entire study and point to its innovative qualities. These are, to “explore the difficulty of writing criticism truly sympathetic to the feminine” (1), to write in a rational style about readings that value the “perverse” (in the sense of the improper and the unreasonable) (1), to avoid engaging in “competitive” modes of criticism and critical rivalries (2), and to employ a sense of humor, often reflected in word play. To that end, she artfully deploys the phrases “boob lit” and “busted criticism” in a double gesture of poking fun and seriously interrogating the critical and theoretical enterprises that sustain academia. Her book treats selected figures, beginning with three colonial-era archetypes, La Malinche, the Virgin of Guadalupe and Sor Juana Inés de la Cruz, and then jumping to the twentieth century to examine the modes of intellectual practice and the role of “woman intellectual” as performed by Rosario Castellanos, Guadalupe Amor, Elena Garro, Antonieta Rivas Mercado, Elena Poniatowska